

VAGONES DE MADERA

*Aquí paso lo de siempre: han
muerto cuatro romanos y cin-
co cartagineses.*

Del Romancero gitano

Estrenada en el Teatro Candilejas de Barcelona, el 21 de diciembre de 1959, por el Teatro Español Universitario, con el siguiente

REPARTO

VALENCIA	Roberto Martín
ESTELLA	Pablo Zabalbeascoa
TORERO	Francisco Jover
LUIS TRIANA	Jesús Colomer
NAVAJA	Julián Mateos
FERMINILLO	Francisco Sapena
ALVAR GONZÁLEZ	Juan Ollé
PABLO DÍAZ	Enrique Arredondo
UN MOZO	Pedro Murillo
EL CABO	Juan Segura Palomares
EL SARGENTO	José Luis G. Samaniego
UN SOLDADO	N. N.

Dirección
JOSÉ M.^a LOPERENA

Personajes

VALENCIA

ESTELLA

TORERO

LUIS TRIANA

NAVAJA

FERMINILLO

ALVAR GONZÁLEZ

PABLO DÍAZ

UN MOZO

EL CABO

UN SARGENTO

UN SOLDADO

En España, por los años de 1921

ACTO PRIMERO

LOS VALIENTES

Interior de un vagón de mercancías cerrado. A través de las junturas se filtra la luz del atardecer. Se destacan los perfiles de los soldados. En la pared, apoyadas, varias maletas y fusiles. Hay colgado un trozo de pañuelo con los colores nacionales. También un letrero con tiza que dice: «¡Vivan los quintos de 1921!».

(A la izquierda, sobre una mesa formada por varias maletas y sentados, juegan a las cartas el TORERO, NAVAJA, FERMINILLO y LUIS TRIANA. En el centro, VALENCIA está encendiendo un farol que apoya en una maleta. ALVAR GONZÁLEZ duerme envuelto en una manta. ESTELLA, sentado sobre una maleta, mordisquea, en un rincón, un trozo de pan, y PABLO DÍAZ rasguea una guitarra mientras tararea deshilvanados cuplés que nadie escucha. Ruido decreciente de tren en marcha.)

VALENCIA.— *(Maniobrando la ruedecilla del farol.)* ¡De qué buena gana lo estrellaba! El maldito no quiere alumbrar. Sí, por mi madre que lo estrellaba en la cabeza de alguien. ¡Vaya si lo estrellaba!

ESTELLA.— *(Sin dejar de mordisquear.)* Guárdate la bravura para luego. Te regalamos el farol, si quieres, para que lo estrelles en la cabeza de Abd-El-Krim.

VALENCIA.— ¿Abd-El-Krim? ¡Bah! Con mejor gusto lo estrellaría en otras cabezas. En otras. En la de Abd-El-Krim, no.

ESTELLA.— Pues en la cabeza coronada, si te parece. ¿Eso quiere decir?

VALENCIA.— ¡Maldita sea mi estampa! Cómo la haría. Te juro que...

TORERO.— Si no viene ese farol, no podemos seguir. Nos vuelven a dar órda-
go a ciegas, Luisillo.

L. TRIANA.— Pero ¿qué pasa con ese farol?

VALENCIA.— ¿Qué? ¿Es que soy vuestro mozo acaso? ¡Mira tú que...! Enci-
ma que estoy aquí secándome los pulmones... ¡Se habrán creído!...

TORERO.— Yo no sigo.

NAVAJA.— Se ve todavía.

TORERO.— Verás tú. Lo que es yo...

NAVAJA.— Cuando se quiere ver, se ve. Si no quieres, es otra cosa.

TORERO.— Quiera o no quiera, no sigo. Y ya está. ¿Qué pasa?

FERMINILLO.— Dejamos de jugar. A mí me duelen los ojos. ¿Cuánto hemos
perdido, Navaja?

L. TRIANA.— ¿Perdido? «Ganado» querrás decir.

FERMINILLO.— ¿Ganado? Para mí todo es pérdida. ¿Crees que podemos ganar
ni tú, ni yo, ni nadie? Perder. Sólo perder. ¡Bah, qué más da!...

TORERO.— Sí, pero de momento os lleváis más de cien reales.

FERMINILLO.— Te los regalo. Te los tiro a la cara.

VALENCIA.— (*Enseñando el farol.*) Bueno. Ya está el farol. ¿Qué os parece?

ESTELLA.— No durará toda la noche.

TORERO.— Has hecho una luz fetén, Valencia. Cómo se ve que entiendes. Da
gusto verse las caras así. (*Señalando a ALVAR.*) Y el tío ese roncando
todavía. ¡Chico, qué manera de roncar!...

VALENCIA.— Y pone una cara. Cara de cuchillo. Sonrisa de niño criminal.

NAVAJA.— Estará soñando que ya está metido en bureo. Que está degollinando
moros. ¿Dónde está el botijo?

VALENCIA.— No le despiertes, hombre. Déjale que duerma.

TORERO.— ¿Y si no quiero que duerma?

VALENCIA.— Pues a lo mejor lo quiero yo.

ESTELLA.— ¡Ooo...lé!

L. TRIANA.— ¡Vivan los heroicos soldaditos!

TORERO.— (*Da un cachete en el cogote de TRIANA.*) Mira que te sacudo.

L. TRIANA.— ¡Vamos, anda...!

TORERO.— (*A PABLO DÍAZ, que sigue canturreando.*) ¡Y tú, cupletista, a ver si
dejas esa monserga...!

NAVAJA.— (A TORERO.) Por lo visto te has creído que vas a ser aquí el guapo.

TORERO.— Aquí, allá y donde se me pone en las narices... soy lo que me da la gana.

VALENCIA.— Te pareces a uno de mi pueblo. ¿Sabes dónde acabó?

TORERO.— No me importa. Que acabara donde le saliera... Lo que yo quiero es vino. ¿Dónde está la bota?

PABLO DÍAZ.— (Dejando de tocar.) Si se trata de vino, ya es otra cosa. Hablando se entiende la gente. Aquí tengo la bota.

TORERO.— Entonces, chaval, sigue cantando mariconerías y trae aquí la bota.

(PABLO DÍAZ tira la bota a TORERO, que bebe, se limpia y la pasa a VALENCIA, quien a su vez la va pasando a los demás, que beben. Al final vuelve la bota a TORERO. Se acerca éste a ALVAR GONZÁLEZ, que sigue dormido, e intenta enchufarle la bota a la cara.)

ESTELLA.— (Interponiéndose.) ¡No, hombre, no! Déjale.

TORERO.— ¡Me da la gana y tú te callas!

ESTELLA.— ¡Pues no me da la gana a mí!

TORERO.— ¡Te doy en la boca!

ESTELLA.— ¡Vas a dar tú...!

VALENCIA.— (Separándoles.) ¿Qué pasa? ¿Pasa algo? ¿Quién quiere lumbre?

L. TRIANA.— Déjales que se sacudan. Se desahogan.

ESTELLA.— ¿Quién ha dicho eso?

L. TRIANA.— (Desde el fondo oscuro del vagón.) El comendador.

TORERO.— Hombre, sal aquí, que no te vemos bien. Que no te vemos, hombre. ¡Sal, haz el favor!

NAVAJA.— (Plantándose ante el TORERO.) Aquí estoy yo. ¿Qué pasa?

L. TRIANA.— (Plantándose a su vez.) Oye, en mis asuntos no se mete nadie. Que no se mete nadie te digo.

NAVAJA.— (Remedando.) Que no se mete nadie. Toma. (Le mete el gorro hasta las orejas.)

L. TRIANA.— (Cegado, da unos golpes en el vacío. Voltea los brazos como jugando a la gallina ciega. Todos rien alrededor. Él se quita el gorro y acaba riendo también. Cae al suelo rodando.) Os voy a partir la boca uno a uno.

TODOS.— (*Coreando a PABLO DÍAZ.*) «Y ven, y ven y ven y vente conmigo a la cama... La-lala-lar-larla...

(FERMINILLO *coge la bota y le enchufa vino a la cara. El otro abre la boca y bebe con avidez. Vuelven a beber todos. Se sientan en corro y permanecen de pronto callados. Se oye el silbido del tren y el traqueteo de la madera. Silencio.*)

L. TRIANA.— Pues ya es de noche.

NAVAJA.— Como boca de lobo.

PABLO DÍAZ.— Y empieza a hacer frío.

TORERO.— (*Que sigue con la bota en la mano.*) No temas, chaval. Aquí hay calor.

VALENCIA.— Pero se está acabando.

ESTELLA.— La llenamos en el primer pueblo. Yo me encargo.

L. TRIANA.— Es la primera noche que pasa uno fuera de su tierra.

FERMINILLO.— No os pongáis sentimentales. Pablo, dale a la guitarra.

PABLO DÍAZ.— Dale tú. Yo no tengo ganas.

NAVAJA.— ¿Por dónde andaremos ahora?

TORERO.— Acabamos de pasar por un pueblo que le dicen Manzanares. Estamos en la Mancha.

PABLO DÍAZ.— ¡Pues vaya un frío que hace en la Mancha!

TORERO.— Eres un friolero. (*Pausa.*) Parece mentira. Total hace sólo un día que salimos cada cual del pueblo, como quien dice, para degollar moros, y parece que nos conocemos de toda la vida. Hasta me parece que tenéis cara de gente conocida. Caras de parientes.

PABLO DÍAZ.— Caras de muertos.

NAVAJA.— (*Enfadado.*) ¿Por qué dices eso ahora?

PABLO DÍAZ.— Por nada.

ESTELLA.— Pues ten cuidado, no te pongamos al fresco colgado como un jamón.

TORERO.— No está mal la idea.

NAVAJA.— El único que falta en la reunión es ése, el motilón ese. Me parece que ya sería hora de que se despertara. ¿No?

VALENCIA.— Eso me parece. También está bonito eso de dormir mientras los demás velan.

NAVAJA.— Y que el tío nada más salir se envolvió en las mantas y ahí está, más frito que mi difunto abuelo.

PABLO DÍAZ.— Ahora eres tú el que mienta muertos.

NAVAJA.— Pero yo miento lo que se me antoja, lo que se me pone en las narices. Mira tú.

ESTELLA.— ¿Vamos a empezar otra vez?

NAVAJA.— Y a ti, navarro, te digo que ya me estás jorobando demasiado.

PABLO DÍAZ.— Pues si seguís así de bravos cuando lleguemos a África, Abd-El-Krim, nada más veros, va a echar a correr.

TORERO.— Otro que está pidiendo que le rompamos su querida guitarra en la cabeza.

FERMINILLO.— Chico, aquí no se va a poder hablar.

TORERO.— ¿Quién ha dicho eso? ¡Valencia!, el farol se apaga.

VALENCIA.— (*Descolgando otra vez el farol.*) Cuando yo digo que estrellaría el trasto inútil este en alguna cabeza.

TORERO.— Hombre, pues espera a que venga el sargento a pasar lista.

VALENCIA.— (*Riendo.*) Y que ahí sí que había que alumbrar. Ni farolazos que necesita esa cabeza.

FERMINILLO.— En eso sí que os ayudaba.

VALENCIA.— Y ya que no podemos partirlo en la cabeza del tío de la corona, lo partíamos en uno de sus representantes, aunque sea un gañán de la Almunia.

TORERO.— ¡Ooo...lé! Eso es luz. ¿Dónde aprendiste, Valencia, a encender faroles?

(PABLO DÍAZ, FERMINILLO y LUIS TRIANA *tararean un pasodoble.*)

VALENCIA.— (*Quitándose el gorro.*) Gracias a la afición. Pues sí, me pasé la vida haciendo faroles.

NAVAJA.— Y los que te quedan por hacer.

(LUIS TRIANA *se ha levantado y va hacia el que duerme.*)

TORERO.— (*Señalándole.*) ¿Dónde va ése?

PABLO DÍAZ.— Eh, Luisillo, ¿qué vas a hacer?

LUIS.— Dejarme...

VALENCIA.— No le despertéis, hombre.

NAVAJA.— Pero ¿qué te ha dado a ti? ¿Es que nos vamos a pasar todo el viaje sin saber si habla o no habla, si vive o es un... fantasma?

TORERO.— Claro. Puede que esté enfermo. No es natural tanto roncar, digo yo...

VALENCIA.— A uno de mi pueblo ya le pasó que estuvo durmiendo quince días y se marchó al otro mundo.

ESTELLA.— Despertadle de una vez o dejadle que duerma y callaos. Ojalá pudiera yo dormir como él. Es como mejor se pasa la vida, chavales..., durmiendo. No te enteras de nada, ni sufres. Ni piensas, ni recuerdas. Ni tienes delante de los ojos tu pueblo con sus musas llenas de cascabeles, y tu novia que tiende las sábanas, y el perro que ladra...

TORERO.— *(Interrumpiéndole.)* Oye, Valencia, tú, que estás cerca, dale un pescozón para que no vuelva a decir pajolerías.

(Se oye el pescozón de VALENCIA.)

ESTELLA.— ¡Ay, bestia! ¡Bestia eres! Sois todos unos chulos.

NAVAJA.— ¿Te callas o voy yo?

ESTELLA.— ¿Es que...?

NAVAJA.— ¿Voy?

ESTELLA.— Bueno...

(Pausa.)

L. TRIANA.— *(Desde la oscuridad.)* Está soñando.

VALENCIA.— Pues déjale que sueñe.

L. TRIANA.— Está soñando con una mujer y aprieta los labios.

TORERO.— Una ducha entonces. Hay que darle una buena ducha. Venga el botijo.

VALENCIA.— No le despiertes, digo.

TORERO.— ¿Porque tú lo mandas?

VALENCIA.— A lo mejor...

(VALENCIA le mira desafiante y el TORERO baja los ojos.)

PABLO DÍAZ.— *(Al quite.)* Desde luego que... un tío que se mete en el vagón, se envuelve en las mantas y se pone a roncar... Vamos, que no ha dicho ni pío... Mientras los demás nos encontramos aquí mirándonos las caras, y el tiempo no corre, y no llegamos nunca...

VALENCIA.— Tú te callas también.

PABLO DÍAZ.— *(Coge la guitarra y canturrea.)* «Y ven-y ven-y ven. Y vente conmigo...

(VALENCIA se encoge de hombros y se pasea. El TORERO se apoya en la madera y se mira las uñas. Los otros muchachos aparecen envueltos en una vaga melancolía. Por las junturas de la puerta del vagón, luz de plata.)

FERMINILLO.— *(Rompiendo el silencio.)* Me parece que hace buena luna. Como en mi pueblo, ¡qué noches de luna!

NAVAJA.— *(Llevándose aparte el TORERO.)* ¿Por qué te has dejado achantar?

TORERO.— ¿Quién? ¿Yo?

NAVAJA.— Tú.

TORERO.— No digas pajolerías, chaval.

NAVAJA.— Pues las digo. Y digo también que es triste ver un tío como tú, de donde eres y como eres, que se deja avasallar por un tipejo como ése...

TORERO.— Mira, déjame en paz.

NAVAJA.— Sí, ahora «déjame en paz». ¿Te parece a ti que nosotros, tú y yo, vamos a dejarnos avasallar por ése? Si tú quieres, los metemos a todos en un puño.

TORERO.— A mí qué me importa. ¿Y qué? ¿Sabes adónde vamos todos?

NAVAJA.— Pues por eso... Hay que empezar a distinguirse.

TORERO.— ¿Quién? ¿Yo? ¿En eso? ¡Bah! No me interesa matar moros, ni ser matón. Yo quiero otra cosa.

NAVAJA.— Allá tú. Está visto que eres un borrego como los demás. Y está visto que el único trío con todo puesto soy yo...

(Se adelanta al centro del vagón, se abre bien de piernas, se desabrocha los botones de la guerrera y se rasca el pecho. Los demás están como adormecidos.)

NAVAJA.— *(Enfurecido, a PABLO, que sigue con su monótona cantinela.)* ¿Te vas a callar de una vez, cupletista desdentada?

PABLO.— *(Dejando de tocar.)* A tus órdenes, jefe. *(NAVAJA se pavonea entre el silencio tirante. Descuelga la bota del clavo. Parpadea la luz. Aprieta el cuero de la bota y se oye un silbido. Alguien se ríe. El NAVAJA tira rabioso la bota.)*

NAVAJA.— Ni para mojar la lengua.

ESTELLA.— Y esto parece el tren fantasma. No se detiene ni para tomar agua. Y menos, vino.

NAVAJA.— Ni para olerlo, maldita sea mi estampa.

ESTELLA.— A ver si te va a dar sin catarlo. Que yo conocí uno de esa condición.

TORERO.— ¿Sin catarlo?

ESTELLA.— Quiero decir que se soplabá con el aire. Un caso; Ramiro el de Tudela, mi compadre...

VALENCIA.— A ver si os calláis y dejadle que se desahogue.

FERMINILLO.— Lo que aquí falta es aire.

VALENCIA.— Y si viene aire se apaga el farol y estamos en las mismas. Tenemos que jugar con muchas cartas nuestra partida.

NAVAJA.— A ése le voy a abrir los ojos yo. Yo solo.

(Va hacia el que duerme y todos miran curiosos. El durmiente se resuelve. Se inclina NAVAJA sobre él.)

NAVAJA.— Ya está bien de ronquera, amigo. Que todos vamos a lo mismo y tenemos que cantar a coro. Conque a ver si te despiertas y desarrugas tu nombre y tu apellido.

(Va a sacudirle y VALENCIA se planta, chulón, delante.)

VALENCIA.— Ya te dije que se me antojó que no le despertarás.

(NAVAJA da un giro repentino y se planta ante él. Brilla la hoja de una NAVAJA. Todos se incorporan.)

NAVAJA.— Y a ti te despierto en el otro mundo, canalla.

(Lanza un viaje a VALENCIA que éste esquiva con garbo. Luego le da al chulo un puntapié en la muñeca y salta la navaja. Suena un puñetazo y NAVAJA se tambalea sobre la madera. Se ha ido formando rueda. De pronto se abren las puertas del vagón y entran un SOLDADO, que lleva un farol, un CABO y un SARGENTO, con sus buenos bigotes. El CABO lleva una lista en la mano. Todos se ponen en posición de firmes. Y FERMINILLO, con mucho tiento, pinta el pie sobre la hoja albaceteña. El SARGENTO finge no darse cuenta de nada.)

CABO.— *(Leyendo en la lista.)* Juan Juez.

TORERO.— Presente.

CABO.— Julio González.

NAVAJA.— Presente.

CABO.— Antonio Carbonell.

VALENCIA.— Presente.

CABO.— Alvar González.

(Leve pausa. Se cruzan las miradas.)

VALENCIA.— Es ese que está durmiendo ahí.

CABO.— ¿Ése es Alvar González? ¿Le despertamos, mi sargento?

(Hace ademán de ir hacia él, pero el SARGENTO le detiene.)

SARGENTO.— Sigue pasando lista. Luego arreglaremos eso.

CABO.— Pablo Díaz.

PABLO.— Presente.

CABO.— Francisco Estella.

ESTELLA.— Presente.

CABO.— Fermín Echevarría.

FERMINILLO.— Presente.

CABO.— Luis Triana.

L. TRIANA.— Presente.

CABO.— *(Al SARGENTO.)* Están los ocho. Primera Compañía. *(Anota.)*

SARGENTO.— *(Echa una mirada por el vagón.)* ¿No hay ninguna novedad?
¿Va bien el viaje?

VALENCIA.— Bien.

ESTELLA.— Un poco falto de vino

SARGENTO.— Pues aquí podéis llenar. Paramos un rato.

(NAVAJA coge la bota. El SARGENTO va a salir cuando le dice el CABO.)

CABO.— Mi sargento, ¿qué pasa con el que ronca?

SARGENTO.— *(Volviéndose.)* Ah, bueno, ¿y qué? ¿Por qué no puede dormir?
Déjale. Están todos, ¿no? Pues con la música a otra parte. Nada, chicos:
animarse y que durmáis, que la noche es larga.

TODOS.— Gracias. A sus órdenes.

(Una vez ha desaparecido el SARGENTO y sus acompañantes, saltan todos del vagón menos ALVAR, que sigue durmiendo. Por la puerta abierta del vagón se ve un paisaje cadavérico de lomas iluminadas por la Luna. Se oyen gritos y rasgueos de guitarra. Todos los del vagón han saltado al campo, excepto el que duerme bajo las mantas. Aumenta el griterío. Silbidos, voces agrias. De pronto se asoma una cabeza, husmea en el vagón.)

UN MOZO.— ¡Alvar!... ¡Alvar!... ¿Estás ahí? Se ha debido de bajar.

(Desaparece la cabeza y se oye durante unos instantes aquella llamada, «Alvar», entre el griterío nocturno. ALVAR se incorpora al oír su nombre. Mira con ojos de sueño la luz parpadeante del vagón y luego la noche por donde asoma la luna. Se rasca el cogote. De pronto, su mirada se clava en algo brillante que hay en el suelo: la navaja. La recoge y la contempla a la luz de la Luna. En esto, vuelven a saltar al vagón los cuatro «chiquillos» de la panda: PABLO DÍAZ, ESTELLA, FERMINILLO y LUIS TRIANA.

Con ellos va el MOZO que antes venía inquiriendo. ALVAR, inmediatamente, se esconde la navaja entre las mantas.)

PABLO DÍAZ.— *(Señalando a ALVAR.)* Aquí lo tienes. Y mira: está despierto.

No es suerte. Milagro se podía llamar.

MOZO.— Alvar, ¿cómo te prueba esto?

ALVAR.— *(Con voz desesperada.)* ¿Cómo quieres que me vaya?

ESTELLA.— Pues mira que roncando como roncas. Ni un arzobispo. *(Al MOZO.)*

Te digo que el gachó ha venido en el otro mundo.

L. TRIANA.— Y ni el Sargento, fíjate, ni el mismo sargento, se ha atrevido a despertarle.

MOZO.— Menudo genio tiene éste.

PABLO DÍAZ.— ¿Sí? Pues mira que aquí el genio abunda, pero no por esta barriada. Éste lo que hace es dormir. ¿Y de dónde sois, si puede saberse?

MOZO.— ¿De dónde? De Castilla la Vieja.

FERMINILLO.— Lo dices de un modo... De Castilla la Vieja.

MOZO.— Nos hemos criado juntos, ¿verdad, Alvar? La mala suerte que nos separaron de vagón. Pues no me ha costado encontrarte...

FERMINILLO.— Ahora ya es distinto. *(A ALVAR.)* No sé si sabrás que por tu culpa ha habido aquí sus más y sus menos...

ALVAR.— ¿Por mi culpa?

L. TRIANA.— Calla...

FERMINILLO.— Bueno...

(Suena el silbido de la locomotora. Y luego un silbato. Una corneta.)

MOZO.— Me voy... Me parece que esto va a arrancar... Hasta luego, Alvar. Volveré... ¡Ten ánimo!... Vuelvo.

(Salta. Se cruza con los «guapos» del vagón, que suben: TORERO, NAVAJA, VALENCIA. Traen la bota de vino bien surtida.)

ALVAR.— *(Sentado en el lugar donde dormía.)* Qué bien se está durmiendo...

TORERO.— *(Que se ha plantado ante ALVAR.)* Hombre... La resurrección de Lázaro.

NAVAJA.— *(Ofreciendo la bota a ALVAR.)* Anda, échate un viaje, que por tu culpa por poco me busco presidio para toda la vida.

(ALVAR no contesta y NAVAJA queda con la bota de vino en el aire cuando el farol —al arrancar el tren— vuelve a apagarse.)

VALENCIA.— *(Volviéndose hacia el farol.)* Otra vez el maldito...

NAVAJA.— *(Airado.)* ¿Qué? ¿Es que todavía sigues durmiendo?

(El farol se apaga definitivamente al cerrarse las puertas del vagón y aparece un mundo de sombras.)

ESTELLA.— *(Voz de.)* Requiescat in pace.

L. TRIANA.— Amén.

NAVAJA.— Al que vuelva a decir una cosa de ésas, lo acogoto.

FERMINILLO y PABLO.— *(Cantando.)* «Y ven y ven y ven...»

(Se oye el trasegar de vino de NAVAJA.)

NAVAJA.— *(Voz.)* El caso es que donde haya un amigo como éste para encandilar ilusiones, los oídos se vuelven tan sordos como un caracol al que cantan los niños.

TORERO.— *(Voz de.)* Oye, Navaja, que el vino se pagó a escote y la noche es larga. Con que...

VALENCIA.— *(Voz de.)* Maldita sea mi estampa y el día en que nació. Pues si me parece que esto no tiene líquido. Y vete a saber lo que tardaremos en hacer otra parada. Y los buitres esos nos han dado cerrojazo. Os digo que... me parece que no llegamos enteros a las narices de Abd-El-Krim.

TORERO.— Si tuviéramos orines del General, quizá podrías encender, Valencia.

(Brotó de pronto la luz.)

FERMINILLO, LUIS, PABLO, ESTELLA.— Ooolé. Ooolé. (*Cantan.*) «Valencia es la tierra de las flores...»

TORERO.— Cada vez te queda mejor esa luz. Cuélgala despacio. Así. Y ahora vamos a sentarnos y a hacer un poco por la vida. Trae esa bota, Navaja, y el que tenga para hincar el diente que aporte a la comunidad, y el que no, con los dientes le sobra.

(Sin dejar de cantar entre dientes el pasodoble, los «pequeños» van agrupando víveres: panes, longanizas, pedazos de queso, mientras NAVAJA sigue observando a ALVAR.)

NAVAJA.— Pues para ese viaje, amigo, te podías haber quedado donde estabas. Ni sospechoso que estás resultando.

TORERO.— Debe de tener morriña. Déjale.

NAVAJA.— Eso no se conoce en mi tierra. Aquí todos somos gente brava y realista, que va a partirse el pecho con la morería.

(LUIS, FERMINILLO, PABLO y ESTELLA tataréan otro pasodoble, ajenos al bravucón, mientras preparan con VALENCIA la mesa con unos papeles a guisa de manteles, en los que se ve la fotografía de la «Bella Otero».)

TORERO.— (*Intencionadamente, mientras enciende un cigarrillo.*) Ya sabemos que eres un valiente, Navaja.

NAVAJA.— (*Volviéndose rápido.*) Lo soy, ¿qué pasa?

(Los cuatro chicos tararean otra vez «Valencia».)

NAVAJA.— (*Enfurecido.*) Por mí os podéis ir todos al infierno.

L. TRIANA.— (*Leyendo en los periódicos que hacen de mantel.*) «Debut de la sin par Bella Otero en el Gran Kursaal de San Sebastián.» ¡Vaya monumento!

TORERO.— Fue la querida del zar de Rusia; con eso está dicho todo. Se acostó con el zar y hasta con nuestro querido monarca.

VALENCIA.— Cómo se ve que alternas con la gran sociedad.

TORERO.— Quién sabe... Y si no hubiera sido por esta maldita guerra, en lugar de ir a recibir el estoque puede que lo tuviera en la mano para recibir al toro como un hombre. ¿Por qué no cantáis ahora?

PABLO.— Eso se queda para las grandes faenas.

NAVAJA.— ¿Dónde está mi navaja?

(Nadie contesta.)

NAVAJA.— *(Exaltado.)* Me habéis robado la navaja. ¿Dónde está? Ya me la estás dando. ¿Dónde me la habéis escondido?

TORERO.— *(Se acerca a NAVAJA. Le quita la bota.)* Tú, de momento, nos das el «busilis», y luego puedes dar todos los saltos que quieras. Y el que quiera sentarse que se siente. No falta vino, ni tasajo, y la invitación se hace de buen grado.

VALENCIA.— Estáis invitados. A ti también te decimos, Alvar, o como te lla-mes.

(ALVAR no se mueve. Está despierto, pero sigue tumbado y contemplando el techo.)

NAVAJA.— *(Enfurecido.)* ¿Dónde habéis puesto mi navaja? ¿Dónde? Me la dais ahora mismo.

VALENCIA.— Venga, Navaja, déjate de historias y ven a la rueda, que parecéis tú y ése dos buitres.

(Se han sentado como los moros, formando rueda, y van comiendo y echándose lingotazos de vino ajenos a la presencia de los dos fantasmas.)

ESTELLA.— *(A VALENCIA, en voz baja.)* Me parece que le vas a tener que sacudir otro.

PABLO.— Y, chico, que le arreaste bien. Debe tener la cabeza dura, porque... ni referencias. *(NAVAJA busca por el suelo, aturdido.)*

TORERO.— Pero no le vino poco bien que digamos. ¡Hay que ver cómo se le bajan los humos a la gente!... Prueba esto, Valencia. Pínchame una aceituna, Luisillo.

L. TRIANA.— Mejor es que empecéis con este atún. Está que para qué pensar en Abd-El-Krim, el General y la Bella Otero. Es el resumen del paladar. Toma, Valencia.

VALENCIA.— No, deja. Que tengo ahora las manos ocupadas.

L. TRIANA.— Pues tú, Ferminillo, y tú, Estella. Vamos, que no se diga.

(Pinchan éstos en el plato que les ofrece LUIS.)

TORERO.— ¡Qué demonio, si no fuera por ratos como éste... y los que nos da Navaja!

L. TRIANA.— Mira, mira cómo gazapea.

TORERO.— Ya le veo, ya...

PABLO.— ¿Dónde está la bota, hombre?

LUIS.— ¿La bota? Cuando te toque el turno, que hay que racionarlo.

PABLO.— Amos anda. Ni que estuviéramos ya en África. Mira tú... *(Le arranca la bota y se echa un trago.)*

LUIS.— *(Contando.)* Unos, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡Josú el tío!... Mira que... Que te vas a ahogar, chico.

(Le da un golpe en el pecho. El otro se atraganta y tose. Risas. Ruedan por el suelo.)

PABLO.— Eres un...

LUIS.— ¿Qué?

PABLO.— Porque no quiero enturbiar esta apacible reunión, si no...

LUIS.— ¿Qué?...

ESTELLA.— *(Canturreando el pasodoble.)* «Se ve que eres madrileño...»

VALENCIA.— *(Cogiendo la bota.)* ¿Qué pasa? ¿Es que se ha quedado ya viuda, Doña Alegre? *(Aprieta el cuero.)* ¡Pero qué va!... ¡Si todavía sangra!...

ESTELLA.— *(A FERMINILLO, mientras los otros se van pasando la bota.)* Mira, mira cómo han intimado éstos. ¡Chico, qué manera!...

(ALVAR y NAVAJA hablan en un rincón.)

FERMINILLO.— Si no fuera de donde soy y no viniera de donde vengo y no fuera a matar moros a la bayoneta, te digo que esos dos judíos me darían repeluznos.

ESTELLA.— Es que ponen ojos de gato. Son capaces de...

FERMINILLO.— ¡Ánimas del Purgatorio!

VALENCIA.— ¿Qué estáis rumiando vosotros ahí?

FERMINILLO.— Nada. *(Hace un gesto señalando a los dos que cuchichean.)*

VALENCIA.— *(Volviéndose.)* Pero, bueno, ¿qué pasa? ¿Qué hacen estos dos frailes encapuchados? ¡Venga, hombre! Se acabó el cuento, digo. ¡A beber y a alegrarse se ha dicho, que aquí lo que hay es amistad y compañerismo! ¿Qué importa todo lo demás? ¿Qué importa que vayamos al matadero? ¿Qué importa que nos encajonem como toros de brega? ¡Somos jóvenes y nos gusta vivir! ¡Venga, beber, hombre, beber y alegrarse! Pablillo, vamos, cántate una jota, una buena jota de ésas que tú sabes, y vamos a bailarla todos. Vamos, Pablillo.

(Tira la bota a ALVAR, que la coge en el aire, se levanta, se pone de rodillas y aprieta el cuero bajo la mirada torva del NAVAJA.)

VALENCIA.— ¡Bravo! Así me gustan los hombres. Ya tenemos otro de los nuestros. ¡Viva España y que se muera el tío de la Corona! Toca, Pablillo.

PABLO.— *(Tienta la guitarra.)* Espera, chico, que no acabo de encontrar la nota. Le pasa lo que a tu farol, que va y viene. Mira, ya está aquí, mira, mira...

FERMINILLO y LUIS.— Dale ahí, maño...

PABLO.— *(Cantando con mala voz.)* «A nadie le tengo miedo...»

(Todos se han puesto en pie e intentan bailar; mientras, ALVAR entrega la bota a NAVAJA, que duda un momento y, al fin, bebe como todos. VALENCIA le da una palmada amistosa en la espalda y la alegría se va extendiendo por el vagón mientras cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

LOS INTELIGENTES

Oscuridad. Por las junturas de la madera se filtra una luz azulada de amanecer. En un rincón, ya apagado, está el farol de VALENCIA. Los hombres duermen por el suelo enrollados en mantas. Trozos de periódico por el suelo, restos de comida, la bota en un rincón y la guitarra de PABLO DÍAZ, de la que parecen salir las notas de la jota con que terminó el acto anterior, que se oyen lejanas.

(Se levanta una sombra despacio, sacude una manta, avanza entre los cuerpos caídos cuidadosamente para no despertar a nadie. Se acerca a la hendidura de la puerta, por donde entran rayos azules de luz, y pega allí su rostro, que se perfila con su nariz judaica. Es ALVAR GONZÁLEZ, el castellano.)

ALVAR.— *(Se persigna y susurra lentamente.)* «Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea Tu Nombre. Venga a nosotros Tu Reino y hágase Tu Voluntad... *(Se detiene y balbucea:)* Hágase Tu Voluntad...

(Se ha acercado por detrás VALENCIA de puntillas y le coloca la mano en el hombro. Se vuelve asustado y molesto y se miran ambos.)

ALVAR.— ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?

VALENCIA.— *(Sonriente.)* Buenos días...

ALVAR.— Buenos días...

(ALVAR se vuelve otra vez de espaldas a VALENCIA y pega los ojos a la juntura de la puerta.)

VALENCIA.— Hace fresco, ¿verdad? ¿Por dónde estaremos? Juraría que huelo el aire del mar...

ALVAR.— No sé...

VALENCIA.— Es triste el amanecer. Sobre todo cuando uno anda por los caminos. Nunca se madruga para nada bueno, digo yo. Siempre se madruga para huir o para velar a un cadáver, o para...

ALVAR.— Cállate ya...

VALENCIA.— Perdona si te molesté. Perdóname.

ALVAR.— Perdona, perdona... Cállate...

(Golpea la madera con los puños. VALENCIA mueve la cabeza y coge el farol.)

VALENCIA.— Maldito. Ahora ya no haces falta hasta la noche. A ver si me acuerdo de decir al cabo que no tiene líquido.

(Observa a ALVAR y mueve la cabeza. Luego hace un gesto de indiferencia y se pone a doblar las mantas. Contempla al NAVAJA, dormido.)

VALENCIA.— Cómo ronca este tío. Ya se ve que dentro de tu cabeza no hay más que humo. Estarás soñando que eres el rey del Rif, el conquistador de África. Pero te advierto que si no te andas con pies de plomo, no vas a llegar entero a la victoria. Te lo dice éste, este buen amigo...

(Vuelve a mirar a ALVAR y se dirige a él:)

VALENCIA.— *(Habla con sencillez.)* Me dijeron que eras de Castilla. ¿De dónde partes? ¿De Burgos? ¿De Soria? Yo anduve por esas tierras de chaval. Tengo algún pariente por allá. Pero ahora parece que todo queda muy lejos, ¿verdad? Todo se ha quedado atrás: las penas y las alegrías.

Ahora es como si fuéramos otros. Como si fuéramos nuevos. Como si nacióramos. Igual que si volviéramos a nacer, chaval. ¿Volveremos? Cualquiera sabe. Pero la verdad es que ahora somos otros. ¿No te maravilla verte nacido de nuevo? ¿No importarte ya lo que hay detrás... ni tampoco lo de delante? A mí no me importa un pito el Abd-El-Krim ése... Ya no hay remedio, pues a... reír se ha dicho. ¿Qué vas a sacar, amigo Alvar, con estar así? Nada. Todo es lo mismo. Todo es un mal sueño. Todo.

ALVAR.— *(Que ha escuchado con atención creciente las palabras de VALENCIA.)* Pero a veces lleva uno detrás mucha carga... Y es imposible... No puede ser... Te digo que no puede ser olvidarse de la verdad. Es como una agonía.

VALENCIA.— Me gustaría poder contarte mi vida. Quizá podría ayudarte. Y la vida de cualquiera de éstos, y cualquier vida de cualquier muchacho de España, hoy, es suficiente para que todos nos consolemos y nos sintamos hermanos. Basta con calar hondo y ver, ver la verdad: unos cuantos hombres arrastrados en un vagón de madera...

(Se oye un quiquiriquí mal imitado. PABLO DÍAZ está sentado. Los dos se vuelven a observarle.)

PABLO.— Valiente par de lechuzas estáis hechos los dos, ahí hablando sin dejar dormir a nadie: chu-chu-chu-chu... Los intelectuales. Los filósofos de las narices. Vamos, anda allá, que estáis más tocados los dos... Pues sí que os sentó bien el vino anoche.

VALENCIA.— Pues da gracias a que me he levantado de buen humor, si no...

PABLO.— Si no, ¿qué?

(VALENCIA se ríe, se acerca a él y le revuelve el pelo.)

VALENCIA.— Que me eres simpático, hombre, porque me eres simpático.

PABLO.— *(Dirigiéndose a ALVAR.)* Hoy has madrugado, ¿eh? Claro, tanto dormir ayer. Vamos, que ayer por poco enlazas un sueño con otro... ¿Me estás oyendo, Bella Durmiente?

(VALENCIA le dice por señas que le deje tranquilo.)

PABLO.— (*Llevándose el dedo a la sien.*) Pobre, debe estar... Bueno, todos estamos lo mismo, más o menos. (*Suelta otro quiquiriquí.*)

NAVAJA.— (*Revolviéndose entre las mantas.*) Maldita sea mi suerte...

VALENCIA.— No hagas caso y vuelve a dormirte, que todavía no han tocado diana.

NAVAJA.— (*Arrebujándose otra vez en las mantas.*) Maldita sea mi suerte negra...

VALENCIA.— (*A PABLO.*) Eres un provocador.

PABLO.— Es que...

VALENCIA.— Chiss... Habla más bajo, hombre. Con lo bien que se está hablando con la gente pacífica. Y mirad: está amaneciendo y huele a mar.

PABLO.— Dichosos pulmones los tuyos y dichosa nariz que huele a mar...

VALENCIA.— Claro, porque me he criado a su orilla. ¿Qué quieres? Lo huelo de lejos... el mar... Eso sí que vale la pena... Eso sí que te hace olvidarlo todo.

PABLO.— Olvidar. ¡Ay!, quién pudiera olvidar... Vamos, pensar que hace sólo unos días... Qué días..., horas como quien dice, estaba yo en la kermesse bailando... (*Canturrea.*) «Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid...»

(El NAVAJA vuelve a revolverse en las mantas.)

VALENCIA.— Chiss, que hables más bajo, hombre. Chico, que no se despierte. ¿No ves que cuando se levante va a empezar como ayer? Deja que lleguemos a África y entonces se le bajarán los humos, digo yo.

PABLO.— Humos, ya, ya. Mira tú si no conoceré yo a estos tipos... Nací en la calle de Calatrava, con que... ¿Tú no sabes lo que es la calle de Calatrava? Tú qué vas a saber. Tú sabes sólo encender faroles. ¿Has sido farolero? Chico, eso sí que me gustaría: estar ahora de farolero por las calles de Madrid con el chuzo al hombro... Ay, el chuzo al hombro..., sí, sí... Lo que voy a llevar va a ser otra cosa... Ay, Valencia, que me entra una nostalgia... que me despedazó de pena, Valencia...

VALENCIA.— A ver si te doy un sopapo y te olvidas de la calle de Calatrava al minuto. Aquí hay que olvidarse de todo. ¿Entiendes? De todo. ¿Dónde está la bota? Aquí. (*La recoge del suelo.*) Pero más seca que...

ALVAR.— Que nuestra alma...

PABLO.— Olé. Por fin te oigo hablar sin que te saquen las palabras con gancho. Chócala, hombre, chócala...

(Se levanta medio enredado en las mantas y va hacia ALVAR con la mano extendida. Pero aquel no le hace caso y se vuelve de espaldas. PABLO hace un gesto de malhumor. Luego se encoge de hombros y se vuelve a VALENCIA.)

PABLO.— ¿Te has fijado? Nada. Como si no tuviera que ver nada con nosotros. ¿Será despreciativo?

VALENCIA.— Déjale... No sabemos...

PABLO.— No sabemos, no sabemos... Pues aquí tenemos que saberlo todo, porque somos como una familia. Más que una familia. ¿Qué te parece? Somos más que una familia. Todos dependemos unos de otros. Necesitamos hacer esta «cosa» juntos. Y los malos pensamientos de uno contagian al otro, y la bravuconería de uno hace daño al otro, y las nostalgias, y...

VALENCIA.— Pues sí que te has levantado lenguaraz.

PABLO.— Y las angustias que... ¡Ay!... *(Le da una bota en el hombro.)* ¿Quién ha sido el bestia, indecente, el ignorante que le molesta que los inteligentes pensemos...? Me gustaría saberlo, hombre...

TORERO.— *(Levantándose.)* Yo soy ése... ¿Qué pasa?

PABLO.— Hombre, pues que... no es una manera muy recomendada de dar los buenos días tirar una bota...

TORERO.— Ah, bueno. Es que ya está bien. Te llevo escuchando un buen rato y no todos tenemos la paciencia de ese buenazo de Valencia. A ti te convenía ese que ronca ahí *(Por NAVAJA.)* para que te sentara bien las costuras de vez en cuando. Que eres un chulillo en el fondo. Un chulillo de Madrid.

PABLO.— Que sí...

TORERO.— *(Ya en pie.)* Y buenos días, que no había dicho nada. ¡Y cómo me da vueltas la cabeza! Está dura la cama, ¿eh?

PABLO.— Ya lo creo, y si viene el sargento, que no tardará en venir, y ve esta leonera...

TORERO.— Lo pagas tú, porque no sé si sabrás que, según acordamos ayer, te encargabas tú de despertar a la gente...

PABLO.— ¿Cómo?

TORERO.— Lo que oyes. Así que si no quieres entendértelas con el tío de los galones, ya puedes ir despertando a ésos...

PABLO.— ¿A ésos? No dices tú nada...

TORERO.— ¿Ves cómo no eres más que un chulillo?

PABLO.— Lo que tú digas, hombre.

TORERO.— Sí, hombre. Que no vales.

PABLO.— ¿Y qué? Soy pacifista.

TORERO.— Bueno. Pero eso no te vale. No está de moda. Y si no, prueba a decírselo al sargento. Y si no, que te diga Luisillo el de Triana.

LUIS.— (*Incorporándose.*) ¿Quién me nombra?

VALENCIA.— Ahí le tienes.

PABLO.— Tu mamá, que te está preparando el desayuno para llevártelo a la cama. Venga, gandul, despierta. A despertarse todo el mundo.

LUIS.— Vas a ver tú. ¿Dónde puse mis botas?

(Busca a su alrededor.)

PABLO.— No, que ya me han tirado otra y soy pacifista.

LUIS.— (*Con la bota en alto para arrojárselo.*) Aquí todos somos pacifistas mientras no se demuestre lo contrario.

NAVAJA.— Maldita sea mi negra estampa.

TORERO.— Menos lamentarse y arriba, que ya es hora...

NAVAJA.— (*Restregándose los ojos.*) Maldita sea...

LUIS.— (*A FERMÍN y ESTELLA.*) Eh, vosotros, despertarse de una vez y dejarse de deciros palabritas al oído. Qué gente ésta...

(Ya están todos en pie y el vagón se llena de sombras decaídas. Sacuden mantas. Buscan por el suelo. Se calzan botas y alpargatas. Hay leves discusiones. VALENCIA, aparte, habla quedo con ALVAR, que mira fijamente al suelo.)

PABLO.— (*A TORERO.*) Chico, pues ayer lo pasamos bien, ¿verdad? Hasta el bestia ése (*Por NAVAJA.*) y el tío fúnebre colaboraron en la fiesta. Da gusto, ¿verdad?, cuando se está así, bien unido.

TORERO.— Hombre, claro. Y si empezamos nosotros a pelearnos, ¿qué vamos a dejar para allá abajo? Debemos estar unidos el tiempo que podamos. Es una tontería pelearnos por querer ser los primeros.

NAVAJA.— Os advierto que mi navaja sigue sin aparecer. Y que como hoy no la encuentre, podéis prepararos. Aquí hay un ladrón.

TORERO.— No digas chulerías, hombre. ¿Qué ladrón va a haber aquí?

NAVAJA.— Pues lo hay.

TORERO.— Bueno, no empecemos, Navaja. Ayer lo pasamos bien. Primero estuvimos a punto de pelearnos y llevar un viaje de perros. Así que no digas tonterías. Mira cómo ayer, gracias al vino, resultaste a última hora uno de los mejores tíos de la panda. Con que no vuelvas a empezar.

NAVAJA.— Yo, si no tengo vino, soy un tío amargado; para que lo sepáis.

TORERO.— Pues no faltará vino hoy tampoco, hombre.

VALENCIA.— Pues claro, hombre, tenemos la obligación de ser inteligentes y no envolvernos nosotros mismos. Nos traen ya envueltos arriba, pues no vamos a hacer nosotros mismos el mismo juego.

ALVAR.— Sí, hombre. Llevas razón.

ESTELLA.— «Sí, hombre. Llevas razón» ahora. Pero en cuanto te dejen solo, a dormir, a suspirar o a rezar el rosario...

LUIS.— No se puede ir con un tío así. La alegría nunca es completa.

ALVAR.— Pero es que...

VALENCIA.— No hay «es que» que valga, amigo Alvar. Aquí todos somos camaradas y hay que confraternizar.

NAVAJA.— ¡Viva la confraternización!...

VALENCIA.— Así se habla, Navaja.

(FERMÍN, ESTELLA y PABLO *tocan palmas y tararean un pasodoble.*)

LUIS.— Bueno. Y a todo eso: el bicho este que corre sin parar, ¿dónde nos habrá traído?

FERMÍN.— A lo mejor ya estamos en casa de Abd-El-Krim.

VALENCIA.— Estamos cerca del mar. Lo huelo...

TORERO.— Qué tío eres haciendo faroles...

LUIS.— Y que no nos abran, maldita sea... Yo que no he visto nunca el mar.

VALENCIA.— ¿No has visto el mar y eres sevillano?

LUIS.— Si en Sevilla no hay mar. Ay, Valencia, que entenderás de faroles, pero de geografía...

FERMÍN.— Pues yo tampoco he visto el mar.

PABLO.— Toma, ni yo...

ESTELLA.— Ni yo...

VALENCIA.— A ver si va a resultar que sólo lo he visto yo...

TORERO.— No, porque yo también lo he visto. En Bilbao. Siempre lo pasé bien junto al mar.

PABLO.— Yo sólo conozco el Manzanares... Y el Tajo.

ESTELLA.— ¿Y allí donde vamos hay mar, Valencia?

VALENCIA.— Hombre, no sé. Depende...

PABLO.— Vamos a ver si nos alegramos...

(Coge la guitarra y rasguea suavemente. El TORERO se acerca a VALENCIA y señala la pareja conspirativa que forman ALVAR y NAVAJA, como en el acto anterior.)

TORERO.— Ya tienes a éstos ahí. ¿Qué tramarán?

VALENCIA.— No hacédles caso.

TORERO.— Es una pena. Podríamos ir bien y tenemos que soportar a éstos.

VALENCIA.— ¿Soportarles? Con no hacerles caso...

TORERO.— No me gusta ninguno de los dos. Primero quiso liarme a mí. Tienen los ojos inyectados de sangre como los lobos. Si no hubiera sido por ti, Valencia, que eres como nuestro padre...

VALENCIA.— Qué tonterías dices.

TORERO.— No, no lo digo por mí. Lo digo por estos chavalillos, que son muy infelices. Si no hubiera sido por nosotros, tú y yo, hubieran llegado a... allá... oyendo sólo blasfemias y maldiciones de esos tipos...

VALENCIA.— Es verdad: gracias al vino, a la alegría, porque hay que ser alegre. Tenemos que ser listos y no pensar. Si pensamos, estamos perdidos.

TORERO.— Por eso digo.

LUIS.— ¿Vamos a empezar la timba?

(FERMÍN y ESTELLA se apresuran a preparar la mesa con las maletas.)

VALENCIA.— No. Después que vengan a pasar lista. Entonces ya nos quedamos tranquilos.

PABLO.— Valencia es una mamá que piensa en todo.

VALENCIA.— Oye, cuidadito con lo que se habla.

PABLO.— No lo digo por ofender, hombre.

VALENCIA.— Por si acaso...

TORERO.— Es mejor esperar. Pero lo que necesitamos antes de nada es vino.

A ver si paramos en algún sitio. Tienen que darnos el desayuno. No tardarán.

ESTELLA.— Y si luego no venden vino.

TORERO.— En todas partes hay vino, chaval.

(Pausa. Se sientan aburridos.)

NAVAJA.— *(A ALVAR.)* Estoy seguro de que me has quitado la navaja.

ALVAR.— ¿Yo? ¿Y si te la hubiera quitado, qué?

NAVAJA.— Es mía la navaja.

ALVAR.— A mí no me molestes. Ya estoy harto de ti. Estoy harto de todos vosotros desde que subí al vagón. No quiero saber nada...

NAVAJA.— *(Voz susurrante.)* Es que, amigo, si tú quisieras...

ALVAR.— No quiero nada. No me hables. ¿Me oyes?

NAVAJA.— Tú eres un tipo macho de verdad.

ALVAR.— *(Escupe.)* No me des coba.

NAVAJA.— Bien sabes que estás por encima de todas estas ovejas.

ALVAR.— ¿Y qué?

NAVAJA.— *(Suplicante.)* Dame el pincho. Lo conseguiste al quedarte solo anoche.

ALVAR.— ¿Para qué lo quieres?

(Bajan la voz y siguen hablando con muchos gestos. Los demás han ido tumbándose en el suelo, apoyando la cabeza en líos de mantas y en maletas.)

LUIS.— Alguien tendrá tabaco, digo yo...

FERMINILLO.— Seguro. *(Mirando a VALENCIA.)* Valencia, deja de leer el periódico de la mañana y échanos un pitillo, hombre.

VALENCIA.— Para mí lo quisiera, mira tú...

TORERO.— Si tuviéramos un cigarrillo, aquí tumbados y con el fresquito agradable que entra por ahí, ni el «eslipin».

PABLO.— Oye, quizá alguno de éstos... Eh, vosotros. (*A NAVAJA y a ALVAR.*)
¿Tenéis tabaco? Ya veis, ni caso...

VALENCIA.— Hombre, pues, por lo menos, Pablillo, podrías echarnos una copla con la sonanta.

PABLO.— Me cargan esos dos tipejos. Si no fuera por ellos.

TORERO.— Siempre tiene que haber alguien así. ¿Qué quieres que te diga? En todos los pueblos hay dos o tres tíos que se meten a caciques y no te dejan vivir...

ESTELLA.— Es nuestro destino, siempre tenemos que estar esclavos de alguien.

VALENCIA.— (*Medio incorporándose.*) Bueno: eso es un decir. Porque yo no soy esclavo de éstos. Y si me levanto, me lío a tortazos y me quedo solo.

TORERO.— Sí, pero no es eso lo que el chaval quiere decir. Quiere decir, vamos, es un suponer, de que no hay manera de que nos entendamos unos con otros, porque siempre tiene que haber alguien que quiere separarse de la... colectividad.

LOS OTROS.— (*A coro.*) Ooo...lé.

VALENCIA.— Eres un tío hablando, Torero. Estás hecho un Canalejas. Vaya palabreja: colectividad...

TORERO.— Iros al cuerno. Lo que pasa es que vosotros no leéis ni os importa nada. Ni que os lleven en un vagón a... cualquiera sabe... Nunca os ha importado nada...

PABLO.— El Torero ha cambiado la muleta por la cátedra. Vamos a escucharle.

TORERO.— (*Muy serio.*) Que sois, bueno, somos, una patulea de ignorantes es bien verdad. No sabemos nada. Hemos salido de la tierra y nos volvemos a la tierra sin saber nada. Trabajando como mulas y ya está. Y nos importa todo poco. La revolución y...

PABLO.— Anda, la revolución...

TORERO.— Pues claro: la revolución social. ¿Creéis que no? Pues la República está encima. Está al llegar. Y entonces...

VALENCIA.— Puede que lleves razón. ¿Quién no es republicano? Todos tenemos nuestro carnet de...

TORERO.— (*Cortando.*) Sí; pero una cosa es hablar y otra estar preparado. Tú, Valencia, eres un tipo bueno y no necesitas saber nada. Con lo que eres: ni aprender una letra y serás alguien. Pero nosotros, que cabeceamos como toros marrajos, necesitamos aprender, que nos enseñen...

PABLO.— Bah... Cualquiera diría. Los moros van a hacerse collares con nuestras cabezas. No sé para qué hablamos. Yo lo que quiero es ganar dinero y casarme y...

FERMINILLO.— Y yo también. Yo...

TORERO.— (*Cortando.*) Yo, yo, yo... Por eso vivimos así, porque todos queremos ser yo y nos importan un comino los demás... Eso es lo que pasa: yo esto, yo lo otro... Pues hay que tener en cuenta que detrás de nosotros vienen otros y hemos de dejar el camino preparado...

VALENCIA.— Hombre, por lo menos, que no se tengan que ver como nos vemos nosotros ahora... Vale la pena.

ESTELLA.— Y hablando de otra cosa: ¿cuándo nos darán el desayuno?

TORERO.— ¿Ves? En eso pensáis nada más.

LUIS.— Pues a ver...

TORERO.— Cuando se acabe la tiranía...

VALENCIA.— Déjate de historias, Torero. ¿Qué es eso de la tiranía? Lo que debemos hacer es ayudarnos por nuestra cuenta y procurar pasarlo lo mejor posible. Y el Gobierno, al diablo.

TORERO.— Eso se llama solidaridad.

TODOS.— Ooo...lé.

VALENCIA.— Chico, qué frases estás largando. Luego decís de las mías.

TORERO.— Iros a... La culpa la tengo yo, por meterme a hablar con ignorantes... (*Se levanta y se reúne con NAVAJA y ALVAR.*)

LUIS.— (*A PABLO y VALENCIA.*) Oye, y se enfada y todo.

VALENCIA.— Por lo visto quiere hacer la competencia a Primo de Rivera.

PABLO.— Lo que pasa es que no termina de tomar la alternativa..., y claro.

VALENCIA.— Valiente chalado... Mira que durarle todavía... Y no bebimos tanto anoche.

PABLO.— (*Coge la guitarra, rasguea y canta.*) «Y ven, y ven, y ven...»

FERMINILLO.— No toques eso, Pablo.

PABLO.— ¿Por qué no lo voy a tocar?, si puede saberse.

LUIS.— ¿A que nos sale otro matón?

FERMINILLO.— No, hombre, es que lo oí el día de la despedida y...

PABLO.— Pues razón de más para cantarlo y se te quite la morriña a base de pudrirte escuchándolo.

VALENCIA.— Así se habla...

PABLO.— «Y ven, y ven, y ven...»

TODOS.— (*Menos FERMÍN y los del grupo.*) «Vente conmigo a la cama...»

(*FERMÍN se tumba y se coloca las manos sobre los oídos.*)

ESTELLA.— Gritad más fuerte.

PABLO.— (*A gritos, en el oído de FERMÍN.*) «Y ven, y ven, y ven... / Vente conmigo a la cama...»

FERMÍN.— (*Levantándose airado.*) Eres una bestia asquerosa... Me has dejado sordo...

(*Risas.*)

VALENCIA.— ¿Se te ha pasado ya la morriña?

FERMÍN.— Vosotros sois capaces de quitar hasta el dolor de muelas.

LUIS.— Reconoce que somos unos tíos estupendos.

PABLO.— Hay de todo, como en botica.

VALENCIA.— (*Por TORERO.*) Y uno más que se pasa al otro bando.

PABLO.— Al final nos dividiremos todos. Cada uno por un lado. Así tendrá menos trabajo Abd-El-Krim...

VALENCIA.— No hables así, Pablo. Que no es para tanto...

ESTELLA.— Bueno, otro idealista... ¿Sabes tú cuándo dejé yo de creer en los Reyes Magos?

VALENCIA.— Yo cuando todavía mamaba.

ESTELLA.— ¿Y entonces?

VALENCIA.— Pero todavía me gusta chuparme el dedo.

PABLO.— Ah, vamos...

ESTELLA.— Si no fuera porque sin ti no podríamos tener luz esta noche...

VALENCIA.— ¿Qué?

PABLO.— (*En broma.*) Que te tirábamos del vagón, Valencia; que nos estás ya fastidiando con tanta... discreción.

VALENCIA.— Pablito, Pablito; que te veo y no te veo.

PABLO.— Pues si te crees que los de Madrid no tenemos también quinqué...

ESTELLA.— *(Llama la atención para interrumpir.)* Mirad, mirad cómo se compadorean éstos...

VALENCIA.— No hacerles caso...

PABLO.— ¿Habrás gilís? ¿Qué les habremos hecho nosotros?

VALENCIA.— Pues al Torero no escucharle en clase. ¿Os parece poco?

PABLO.— El de la solidaridad. ¿Y a los otros?

VALENCIA.— ¿A los otros? No partirles la cara, que es lo que debimos hacer en un principio.

PABLO.— Bueno, tú le colaste un buen directo al Abd-El-Krim ése...

VALENCIA.— Pero, por lo visto, no ha sido bastante. Pero ¿qué importa? Nosotros lo pasaremos bien esta noche. Ya veréis. Encenderé un farol. Ya veréis qué farol...

ESTELLA.— Menuda luz. Ya visteis que anoche no había un vagón mejor encendido.

VALENCIA.— Pues eso..., con luz, una buena timba..., una comilona como la de anoche, buen vino...

PABLO.— Y a éstos no les convidamos como anoche.

ESTELLA.— ¿Ni al torero?

PABLO.— Nada.

LUIS.— Así me gusta. Nos dividimos como nos dividían en mi colegio: romanos y cartagineses.

PABLO.— ¿Romanos y cartagineses? ¿Y eso qué es?

VALENCIA.— Sería un colegio de curas. En los colegios de curas hacen eso. Dividen a los chicos para que se peleen.

PABLO.— ¿Ah, sí?

VALENCIA.— Sí.

LUIS.— Eso hacían. Los romanos eran los buenos y los cartagineses los malos. Yo siempre fui cartaginés. En clase siempre teníamos los puestos peores, pero en cuanto salíamos a la calle nos liábamos a pedradas y los que ganábamos éramos nosotros, los cartagineses.

PABLO.— Qué tíos cursis esos curas. Yo, como no fui a colegio de pago.

VALENCIA.— ¿Has ido siquiera al colegio, Pablillo?

PABLO.— Claro. Me hicieron ir un poco tiempo, pero hice todos los novillos que pude. No me gustaba el colegio. Allí no había más romano que el maestro. Los demás, todos cartagineses.

VALENCIA.— Debía ser un tío ese maestro... ¿Y cuántas veces has sido cartaginés luego, en la vida?

PABLO.— ¿Quién, yo? ¿Cartaginés? Amos anda. No lo he sido nunca. Ya te digo que no fui al colegio para no serlo.

ESTELLA.— Pues no hables tan alto, que si nos descuidamos nos convertimos todos en cartagineses hoy en este vagón...

VALENCIA.— Tú lo has dicho.

FERMÍN.— Porque, por lo visto, llevamos tres romanos a bordo.

VALENCIA.— (*Pensativo.*) Quién sabe. A lo mejor ahora somos más romanos que nunca.

PABLO.— Es verdad, qué diablo.

LUIS.— ¿Ya os vais a poner melancólicos?

VALENCIA.— Gracias por advertírnoslo, Luis. Llevas razón.

PABLO.— El primero que hable de cosas tristes, que pague una botella de vino.

ESTELLA.— Entonces hay tres que tienen que pagar.

VALENCIA.— Esos no cuentan.

LUIS.— ¿Ni el Torero?

PABLO.— Claro que no. Ese menos que nadie. Renegado, que es un renegado.

VALENCIA.— Esperemos que no se pase ninguno más al otro bando.

PABLO.— Nosotros somos incondicionales, Valencia.

VALENCIA.— Si supiérais lo importante que es que estemos aquí unidos.

LUIS.— Tenemos que unirnos bien y degollar a todos los romanos.

PABLO.— Eso es: en vez de degollar moros, que no nos han hecho nada, degollar romanos.

VALENCIA.— (*Ríe.*) Empezando por tu maestro.

LUIS.— Y siguiendo por los curas de mi colegio.

FERMÍN.— Y por el alcalde del mío.

VALENCIA.— Hay mucho romano en España.

PABLO.— Ya lo creo: está llena de tíos de éstos.

VALENCIA.— (*Al TORERO.*) Eh tú, romano. ¿No vienes a echar una partida con nosotros?

TORERO.— (*Sin moverse.*) No, no quiero que me toméis el pelo como antes.

VALENCIA.— Me parece que no es recuperable...

PABLO.— Ni falta que hace. Mira que pretender ser torero un tipo así...

LUIS.— Anda, Pablillo, dale un poco al bicho ése.

PABLO.— Pero, chicos, que yo así, sin beber nada, en ayunas no sé tocar.

VALENCIA.— Tú lo que estás es lleno de melindres. Que parece mentira que te hayas criado donde te has criado. Trae acá el instrumento...

PABLO.— Vamos, no me digas, Valencia, que también entiendes de eso.

VALENCIA.— ¿Por qué no? Trae acá.

LUIS.— Dásela, Pablo. Vamos a ver los valientes.

VALENCIA.— Deja que la temple un poco.

PABLO.— ¡A que me saltas una cuerda!

VALENCIA.— Voy a saltar...

PABLO.— Que no tengo y están caras.

FERMÍN.— Cállate ya, romano.

VALENCIA.— Escuchen ustedes unos fandangos...

(VALENCIA pulsa suavemente la guitarra y los otros escuchan. Hablan ahora los tres «romanos».)

TORERO.— Con eso no conseguimos nada.

NAVAJA.— Tú lo que eres es un miedoso.

TORERO.— No me hagas reír, chiquillo.

ALVAR.— Lo que sea hay que decidirlo pronto.

NAVAJA.— Tendríamos que contar con alguien más.

ALVAR.— ¿Contar con alguien? ¿No te bastan los puños? Además, en el otro vagón viene un paisano mío. Estamos en comunicación desde que salimos.

TORERO.— ¿Sí?

ALVAR.— Sí. Fíjate. *(Va al rincón.)* Si pegas aquí un golpe, en este hierro, lo oyen en el otro vagón.

TORERO.— No me digas.

ALVAR.— ¿Queréis que probemos?

NAVAJA.— Vaya tío que está hecho el castellano.

TORERO.— No hay tíos con más recursos que estos de la Meseta.

ALVAR.— *(Da unos golpecitos en el hierro.)* Poned el oído y veréis.

(Pegan el TORERO y NAVAJA el oído a la pared.)

NAVAJA.— Sí que se oye.

TORERO.— Y tan claro que se oye.

PABLO.— Pega tú mismo, verás.

(NAVAJA *da unos golpes y escucha.*)

NAVAJA.— Seguro.

TORERO.— (*Hace lo mismo.*) Menudo telégrafo.

NAVAJA.— (*A ALVAR.*) ¿Dónde lo aprendiste?

ALVAR.— (*Con orgullo.*) Donde se templan los hombres. En presidio.

(*Sigue el otro escuchando a VALENCIA, que termina.*)

LUIS.— (*Aplaudiendo.*) Bravo. Estás hecho un artista.

PABLO.— Este Valencia no tiene desperdicio.

FERMÍN.— Sigue tocando.

VALENCIA.— Es que ya no me acuerdo de más. Me lo sabía de memoria.

PABLO.— Esta noche nos divertiremos, veréis.

VALENCIA.— Sí que tenemos que armarla. Porque mañana...

ESTELLA.— Mañana ¿qué?

VALENCIA.— Nada...

PABLO.— Quiero decir que mañana llegaremos y tal vez nos separemos para siempre.

FERMÍN.— Ya estáis con lo mismo... Tenéis que pagar una botella de vino.

VALENCIA.— De acuerdo, Pablito y yo debemos una botella de vino a la comunidad.

LUIS.— De acuerdo. Se tomará nota.

PABLO.— De todos modos, esta noche va a hacer falta vino, mucho vino.

VALENCIA.— Sí, porque vamos a armarla. Y todos.

PABLO.— ¿Esos también?

VALENCIA.— Sí, ya lo veréis. Tendremos vino, juerga y una buena luz.

PABLO.— Uno de tus mejores faroles, chico.

VALENCIA.— Ya lo creo, y que brindaré a la afición.

PABLO.— A mí todavía me quedan provisiones.

FERMÍN.— Será una buena noche... por ser la última.

VALENCIA y PABLO.— Tú también pagas...

FERMÍN.— Por eso lo dije...

(Se elevan de pronto las voces en el grupo de los tres.)

ALVAR.— ¡Te digo que no te la doy!

NAVAJA.— ¡Es mía!

ALVAR.— ¡Aquí el que manda soy yo!

NAVAJA.— ¡Maldita sea. Si no...!

TORERO.— Calmarse, hombre...

NAVAJA.— ¡No quiero! ¡No me da la gana achantarme ante ese hijo de mala madre!

ALVAR.— ¡Qué dices?

NAVAJA.— ¡Eres un...!

(ALVAR se lanza con la navaja contra él, y el TORERO, al interponerse, recibe la puñalada en el brazo.)

ALVAR.— ¡Toma, cerdo...!

TORERO.— ¡Ay, me has cortado...!

(Se sujeta el brazo y acuden los otros.)

ALVAR.— ¡Apartarse, que os acuchillo!

(Está como loco. Se lanza otra vez contra NAVAJA y ahora es VALENCIA quien se interpone, mientras los otros atienden al TORERO.)

VALENCIA.— ¡Detente, Alvar!

NAVAJA.— ¡Asesino...!

VALENCIA.— ¡Quieto, lobo, quieto...!

(Forcejean él y ALVAR.)

PABLO.— *(Va hacia VALENCIA.)* ¡Cuidado, cuidado..., Valencia!

(Grito ahogado de VALENCIA. La navaja de ALVAR se ha clavado en su costado. Se lleva las manos a la herida.)

VALENCIA.— ¡Ay!..., ¡ay!..., ¡sujetadle!... Alvar, amigo mío... ¿Por qué lo has hecho?... ¿Por qué te has vuelto loco, hermano mío?

(ALVAR tira horrorizado el cuchillo.)

PABLO.— *(Sosteniendo a VALENCIA. Los otros sostienen al TORERO. NAVAJA tiene la cabeza entre las manos y ALVAR mira estúpidamente.)* ¿Qué tienes?

VALENCIA.— Nada..., no es nada..., no preocuparse... La mala suerte... Seguid unidos..., hasta el final... unidos... No ha pasado nada...; no os preocupéis..., camaradas... *(Inclina la cabeza y suelta las manos que sujetaban la herida.)*

PABLO.— Dios mío... ¿Es posible?

TORERO.— No, no puede ser... No es posible... Valencia, el mejor de los nuestros...

(Telón.)

ACTO TERCERO

LOS TRÁGICOS

Atardece. Otra vez la luz de la tarde entre las junturas del vagón, como en el primer acto.

(FERMÍN y LUIS sentados sobre las maletas, cabizbajos. PABLO rasguea lentamente la guitarra y LUIS se apoya en la pared. Un CABO con barba y rojos galones se pasea. Sensación opresiva.)

CABO.— *(Deteniéndose de pronto.)* Ya casi no se ve. Habrá que encender el farol.

PABLO.— *(Dejando de tocar repentinamente.)* ¿Qué?

CABO.— Que hay que encender el farol. No vamos a estar a oscuras.

(Emoción en todos ellos.)

PABLO.— ¿El farol?

CABO.— Sí, el farol. No vamos a alumbrarnos con el cigarrillo, digo yo.

FERMÍN.— Sí, claro.

(El CABO rebusca por los rincones y coge el farol.)

CABO.— Aquí está. Hay que encenderlo. *(A PABLO.)* Anda, muchacho, enciéndelo.

PABLO.— Yo..., es que yo... no sé cómo se hace.

CABO.— ¿Que no sabes? Un soldado tiene que saber hacerlo todo. ¡Vamos, enciende el farol!

PABLO.— (*Se tapa la cara con las manos.*) Oh, Dios mío...

CABO.— ¿Qué demonios te pasa? ¿No me estás oyendo? Te he mandado que enciendas el farol. ¿Me obedeces?

LUIS.— Déjelo usted, mi cabo. Yo lo encenderé... Es que él... no se encuentra bien...

CABO.— No se encuentra bien... Eso ayer, ayer... Y no hubiera pasado lo que ha pasado... Por vuestra culpa ha muerto un hombre, otro está herido y dos presos..., y yo aquí, pudriéndome en este cochino vagón de madera, pudiendo ir con los demás cabos en mi departamento...

LUIS.— Lleva usted razón, mi cabo.

CABO.— Vamos, chico, apártate. Si he mandado a éste que lo haga, lo hace... Ya me han dicho que erais todos unos chulitos y no os va a valer conmigo...

PABLO.— (*Levantándose.*) Él prefería siempre la paz...

CABO.— ¿Qué dices?

PABLO.— Él prefería obedecer... Traiga usted, mi cabo. A sus órdenes...

CABO.— Así se hace.

PABLO.— (*Coge el farol y lo lleva despacio al centro, y lo coloca en el suelo y se arrodilla.*) Quizá no tenga suficiente líquido. (*Maniobra.*)

CABO.— Puse ya esta mañana.

PABLO.— No quiere encenderse.

CABO.— Eres bastante torpe, muchacho...

PABLO.— Nunca encendí el farol...

(*Brota la luz y PABLO la gradúa.*)

CABO.— Vaya... Muy bien, déjala así. Es una buena luz. Suficiente para vernos las caras bien.

PABLO.— Si usted quiere, puede lucir más todavía. Anoche este vagón iba mejor encendido que ninguno. (*Lo ha dicho con orgullo.*)

CABO.— Sí, ya lo sé... Ya se ha visto que ibais bien alumbrados...

PABLO.— Es un buen farol y él lo encendía como nadie. Esta noche... (*Se detiene, emocionado.*)

CABO.— Vamos. Ya está bien. Déjalo ya. Cuélgalo. ¿No lo tirará el viento? Entra por las rendijas el aire del mar...

FERMÍN.— El aire del mar...

CABO.— (*Liando un cigarrillo.*) Sí; ya casi estamos a la orilla del mar, como quien dice... Mañana embarcaremos. Mañana, si dios quiere, a partirnos los riñones con los «mojamets». (*Se frota las manos.*)

ESTELLA.— ¿Así que es verdad que ésta es la última noche?

CABO.— La última noche que pasamos en estos vagones, si Dios quiere.

PABLO.— Y no tenemos ni una gota de vino.

CABO.— Han prohibido el vino por vuestra culpa. Claro que... quizá en la próxima parada. Yo, como si no hubiera visto nada, ¿sabéis?

PABLO.— No, no; mejor es no beber...

CABO.— Chico, no sabes lo que quieres. Me parece que tienes fiebre.

LUIS.— Está impresionado.

PABLO.— Mentira. ¿A qué tienes que decir tonterías? ¿Impresionado yo? ¿De qué?

CABO.— Silencio. Ni una palabra más alta que otra. Aquí se han terminado las discusiones. Tengamos la fiesta en paz. Es la última noche que pasamos juntos y...

LUIS.— Ibamos a celebrarlo todos...

PABLO.— Y hasta decía que los otros vendrían a beber también. Que iríamos hasta el final bien reunidos. Y ahora... (*Deja caer la cabeza entre sus manos.*)

CABO.— Pues vaya funeral que estáis organizando por nada. ¿Eso qué es? Una riña más, ¿qué? Cuando seáis veteranos como yo, ya os acostumbraréis, y os enfriaréis también. Yo he visto morir a muchos compañeros. Al principio, sí, me impresionaba. Ahora, lo siento..., y a otra cosa...

LUIS.— Ahora lo mejor es llegar allá cuanto antes...

CABO.— Allá, muchacho, lo vas a pasar fetén. Ya lo veréis. Os acostumbraréis en seguida. Os endureceréis y seréis verdaderos hombres.

LUIS.— Entonces ¿la paz no es buena?

CABO.— Yo, qué quieres que te diga..., no sé si es buena o mala. Pero el caso es que hay que acostumbrarse a lo que venga. Si hay que ir a la guerra, se va.

PABLO.— También él decía eso, aunque era pacífico por encima de todo...

CABO.— ¿Quién, el muerto? No penséis más en eso. Al fin y al cabo, yo digo que os conviene que os acostumbréis cuanto antes. Habéis visto la sangre antes que los demás, y eso les lleváis de ventaja...

FERMÍN.— Hemos tenido mala suerte. Llevamos la negra.

CABO.— ¿Quién dijo esa tontería? Aquí no pasa nada. Se terminó el asunto. Prohibido que se hable de eso. Nadie hable de lo que ha pasado, si no queréis que os manden a primera línea como a esos dos camorristas...

PABLO.— ¿Qué les harán?

CABO.— Ni lo sé, ni me importa. Les mandarán a primera línea, digo yo..., o les fusilarán... Pero no me hagáis hablar más. Demonio, vamos a ver si nos divertimos un poco. ¿Hay baraja aquí?

PABLO.— No lo sé...

CABO.— No me vais a decir que no lleváis baraja.

ESTELLA.— Me parece que se la llevó el Torero.

CABO.— ¿Quién es el Torero?

ESTELLA.— El Torero.

CABO.— Qué mala suerte. Pues sí que vamos a pasar buena noche. Como no nos emborrachemos...; y han prohibido el vino. Ahora que (*Guiña el ojo.*) si hacemos una parada...

PABLO.— Sí, vamos a emborracharnos.

CABO.— Ni hablar. Ponerse un poco alegrillos, sí. Así nos plantábamos en Algeciras sin sentirlo...

ESTELLA.— Pero no hay vino.

CABO.— ¿Tampoco tenéis tabaco?

PABLO.— Era él quién se preocupaba de todo.

CABO.— Y dale con él. ¿Qué es lo que he dicho? Sois unos chiquillos, hombre, unos chiquillos. Mira tú la morriña que han cogido.

FERMÍN.— Lo mejor será echarnos a dormir.

CABO.— ¿Dormir? ¿Tú sabes la hora que debe ser? Las ocho o así. No hace mucho que se hizo de noche y estamos en el mes de septiembre.

ESTELLA.— El mes más bonito en mi tierra.

CABO.— ¿De qué parte eres, chico?

ESTELLA.— Soy de La Rioja. Una tierra estupenda...

CABO.— No pienses más en ella. Ahora vas a ver una cosa buena: África. Una tierra de hombres. Fuerte. Vas a ver lo que es aquel sol y aquellos hombres traicioneros, que te pegan una puñalada en la espalda en cuanto te descuidas...

LUIS.— Eso dicen...

CABO.— Son la gente más podrida que he conocido... Si os contara las cosas que he visto... Ahora que están llevando lo suyo...

PABLO.— Por culpa de ellos ya ha muerto un hombre aquí, en este mismo vagón...

CABO.— Son lo más canalla y criminal que darse puede. Hay que acuchillarlos sin piedad. Muchachos: cuando lleguéis al frente no dejéis escapar ni uno... Pensad que nos están haciendo bajas continuamente y siempre a traición. Cuando estamos más tranquilos, en el campamento, descansando o trabajando, salen de donde menos se espera y, pim, pim, pim, nos dejan uno o dos muertos los muy..., y si os hacen prisioneros, ¿qué os voy a contar? Les cortan los párpados a los prisioneros y los dejan al sol. O les cortan algo peor y se lo ponen en la boca..., los cerdos malditos...

LUIS.— Cochinos criminales...

FERMÍN.— Son peor que los buitres...

CABO.— Los buitres son inofensivos. Ni las hienas... No hay que tenerles compasión.

ESTELLA.— Y que tengamos que ir a batirnos con esa ralea...

CABO.— No saben luchar honradamente. Los ves a lo mejor tranquilos, mugrientos, con las holapandas esas que llevan, llenos de piojos, y crees que van a comprar o a partir leña, siempre sonriendo, y sacan el cuchillo y antes que te des cuenta te han degollado...

ESTELLA.— Canallas...

(El farol parpadea.)

PABLO.— Se apaga el farol...

CABO.— Sí... Ese farol no está bien...

PABLO.— Anoche estuvo él arreglándolo continuamente...

CABO.— Anda, ve a arreglarlo tú. Hoy te toca a ti...

(PABLO obedece.)

LUIS.— Sí, hombre, sí. Hay que darles fuerte...

CABO.— No merecen ni agua. Habría que exterminarlos...

PABLO.— Es un farol extraño. Debe de estar estropeado.

CABO.— Bueno, déjalo así.

PABLO.— Sale humo. Poco, pero sale. Se nos va a llenar el vagón de humo.

CABO.— Saldrá por las rendijas... El aire del mar se lo lleva. Ya veréis cómo se lo lleva el aire.

LUIS.— Cómo me gustaría estar ya en el frente...

CABO.— No tengas prisa, muchacho. Te hartarás de pegar tiros.

PABLO.— El humo sale por las rendijas... Se lo lleva el aire del mar... El aire del mar se lo lleva...

CABO.— (*Mirándole fijo.*) Sí, claro. El aire del mar... ¿Para qué lo repites como si hubieras perdido la chaveta?

LUIS.— (*Interrumpiendo.*) ¿Y dice usted, mi cabo, que aquello es una tierra buena?

CABO.— Una tierra de hombres, ya te digo. Donde se templan los valientes. Allí, el que no tiene lo que deben tener los hombres... está listo...

FERMÍN.— Ya tengo ganas de estar allí.

CABO.— Mañana embarcaremos en Algeciras. Tal vez lleguemos de noche... Ya veréis las moras...

LUIS.— ¿Cómo son?

CABO.— ¿Las moras? Unas puercas. Pero como no hay otra cosa... Y también hay que tener cuidado con ellas.

FERMÍN.— ¿También?

CABO.— También llevan el cuchillo escondido.

FERMÍN.— Las muy...

CABO.— Sí, chico. Así es esa gente podrida. Mala raza, cochina raza. Habría que hacer una hoguera con todo Marruecos. Empezar por una punta y terminar en la otra. Que ardiera todo. Hasta los niños. Porque hasta los niños son criminales...

LUIS.— ¿Los chavales?

CABO.— Digo... Los chavales de siete años te clavan un cuchillo donde alcanzan...

ESTELLA.— ¿Es posible?

FERMÍN.— Sí; a mí ya me han contado todo eso...

CABO.— Todo lo que te cuenten, muchacho, y mucho más, es verdadero...

LUIS.— Con qué ganas voy a tirar contra ellos.

FERMÍN.— Y diga usted, mi cabo, ¿se llega al cuerpo a cuerpo muchas veces?

CABO.— Muchas veces. ¿No ves que ellos se creen maestros con el arma blanca?... Pero los españoles les damos ciento y raya.

LUIS.— Yo, como pueda ensartar uno...

CABO.— Podrás. Ya lo verás.

ESTELLA.— Qué gustillo dará ver correr esa sucia sangre.

CABO.— Dan ganas de bebérsela, chico...

(El CABO señala a PABLO, que está cabizbajo sentado sobre una maleta.)

CABO.— Y a ése ¿qué le pasa?

LUIS.— Cualquiera sabe... Ayer venían así dos tíos en el vagón... Y ya sabe lo que pasó...

CABO.— *(A PABLO.)* Vamos, chico, hay que alegrarse. ¿Es que tienes miedo?

PABLO.— *(Mira desafiante al CABO.)* ¿Yo? ¿Miedo? Bah...

CABO.— Eh, eh, oye..., cuidadito con esos modales, que soy un superior y te cruzo la cara en menos que canta un gallo.

PABLO.— Usted perdone. Pero me siento aburrido.

CABO.— Sí; en realidad, sin vino, sin mujeres... No es muy divertido estar encajonado como un toro de lidia...

PABLO.— Desde que él... se fue, todo ha sido distinto. Hablaba de otras cosas. Quería que todos fuéramos amigos, que olvidáramos.

CABO.— *(Le da un pescozón cariñoso.)* Vamos, chaval, no te pongas así. Hay que ser hombre.

PABLO.— Lo soy...

CABO.— Nadie lo duda...

LUIS.— Podríamos haber tenido un viaje agradable dentro de lo malo. Pero el tío aquel se metió a dormir... Fíjese, mi cabo, un tío que se envuelve en las mantas y se queda roque. Y no hay quien le despierte. Y viene el sargento a pasar lista y tampoco le despierta el sargento. Total: que se levanta de un café de diablo y, claro, a la menor cosa, zas, se arma. Y ya ve usted: uno en el otro barrio, otros dos presos, otro herido y nosotros aquí, sometidos a vigilancia especial...

CABO.— Bueno, sí. Pero vaya vigilancia, ¿eh? No os podréis quejar. Mira que... me habían dicho: «mételes en un puño, que no rechisten en lo que queda del viaje». Y si me mandaron a mí con vosotros es porque saben cómo las gasto... Pero ya veis.

LUIS.— Y resulta que lo estamos pasando tan bien con usted...

CABO.— Cuando paremos me pondré a dar voces y a regañaros. Pero en cuanto estemos aquí solos, nada: un compañero más... Y si pudiéramos comprar vino...

FERMÍN.— Esta mañana queríamos haber comprado vino en abundancia antes que pasara todo el lío...

CABO.— A ver si luego tenemos ocasión... Bueno, ¿no os quejaréis del cabo que os han mandado para vigilaros, eh?

TODOS.— (*Menos PABLO.*) Oh, no, no...

CABO.— Yo sólo soy duro cuando hace falta... (*Pausa. Señala a PABLO.*) Pero a éste me parece que no acabo de gustarle, ¿verdad?

PABLO.— ¿Por qué?... ¿Por qué no me va a gustar? Pero después de haberle conocido a él. Era muy distinto...

CABO.— (*Un poco enfadado.*) ¿Pero qué es lo que tenía ése? ¿Por qué le habíais hecho vuestro jefe?

PABLO.— Porque lo era, porque...

LUIS.— (*Interrumpe.*) Aquí nadie era jefe, mi cabo. Porque varios querían serlo pasó lo que pasó. Eso de los romanos y los cartagineses...

PABLO.— Él no quería que nadie fuera jefe. No quería que nos peleáramos.

CABO.— Valiente tío. Ése lo que era es un débil. Los hombres deben ir siempre a la pelea con gusto. La pelea es cosa de hombres. Ése debía ser un marica...

PABLO.— No hable usted así...

CABO.— Lo digo... Era un marica, y, si me apuras, tú otro.

(*PABLO se levanta electrizado.*)

CABO.— Y cuidadito con rechistar. ¿Oyes? Cuidado. Mira. (*Le señala los galones.*)

PABLO.— Eso no le da derecho a insultar.

CABO.— No me da derecho, pero te insulto. ¿Y qué?

(*PABLO aprieta los puños y se dirige hacia el farol, que parpadea, y se pone a arreglarlo.*)

CABO.— Bueno, no te enfades, chico. No te enfades. Es que no quiero verte tan mustio, hombre. Ya sé que eres un hombre. Pero es que vas de un mudo... Me ha gustado, sí señor; me ha gustado ver esos ojos que acuchillaban cuando te insulté...

PABLO.— He aprendido muchas cosas aquí dentro. (*Contempla el vagón.*)

CABO.— Y las que vas a aprender, chico. Ahora es cuando empiezas a vivir. Ya verás mañana cuando entremos en fuego quizá. Y el viaje todavía no se ha terminado. Todavía tenéis que estar conmigo unas cuantas horas..., hasta que amanezca...

PABLO.— ¿Falta mucho para amanecer?

CABO.— ¿Tienes ganas de perderme de vista? (PABLO *no contesta.*) No te gusto tanto como el difunto... Un tío que se dejó dar un navajazo.

LUIS.— Intentó separarles. Era un buen compañero...

FERMÍN.— Era bueno...

CABO.— Pero ¿no había prohibido hablar de todo eso? ¿Es que me desobede-céis? ¿Es que queréis que me ponga como tendría que ponerme? ¿Que-réis que deje de ser un compañero para convertirme en jefe?

PABLO.— (*Desafiante.*) Sí, lo preferimos...

CABO.— ¿Cómo?

PABLO.— (*Arrepentido.*) Sí, sí, cabo. Usted es nuestro jefe...

CABO.— Ah, vamos. ¿No me admites como compañero?

LUIS.— Lo que quieres decir es que...

CABO.— (*Enfurecido.*) En primer lugar, ponte firmes... (PABLO *se cuadra.*) Así. ¿Decías?

PABLO.— Que queremos tenerle a usted como jefe.

CABO.— Ya... Pues, muy bien; voy a ser vuestro jefe. Un jefe al que no que-réis. Al que teméis. Al que no queréis por compañero...

LUIS.— No, señor. No haga usted caso. Nosotros...

CABO.— ¿Te vas a callar?

LUIS.— Lo que usted ordene...

CABO.— (*A PABLO.*) Tú sigue ahí sin moverte. Sin pestañear. Veremos cuando amanezca cómo te encuentras. (*A los otros.*) Y vosotros os echáis ahora a dormir, porque ya hace tiempo que tocaron silencio. Vamos, vivo. ¿Queréis que os lo diga de otra manera? (*Asustados, los otros tres se van a un rincón y se tienden.*) Vamos, rápido. Ya debíais estar con los ojos cerrados. Así... (*Se pasea.*) Nos quedamos los dos solitos. Hacién-donos compañía. El veterano y el novato. El hombre que tiene las ma-nos encallecidas de coger el cuchillo y el que... ¿Qué oficio tienes tú?...

PABLO.— No tengo oficio.

CABO.— ¿No tienes oficio?

PABLO.— No.

CABO.— Se dice: no, mi cabo. La próxima vez te lo diré de otra manera.

PABLO.— No, mi cabo.

CABO.— Está bien. Quizá lleguemos a entendernos... (*Viendo a LUIS, que se asoma entre las mantas.*) Eh, tú..., a dormir o te largo un puntapié. (*A*

PABLO.) ¿Así que no tienes oficio?

PABLO.— No, mi cabo.

CABO.— ¿Eres rico y no necesitas trabajar?

PABLO.— No, mi cabo. Pero no tengo oficio.

CABO.— Ah, ya entiendo. ¿Y de dónde eres?

PABLO.— De Madrid...

CABO.— Buen lugar, bueno... ¿Y a qué te dedicabas?

PABLO.— A lo que salía... Cada uno vive como puede y sabe...

CABO.— Hombre, pues no parece que seas un tipo de esos que viven como pueden y saben... No pareces un golfillo de Madrid.

PABLO.— Lo fui hasta ayer...

CABO.— Tu difunto amigo hacía milagros por lo visto. ¿Es eso lo que quieres decir?

PABLO.— No, mi cabo...

CABO.— Pues explícate.

PABLO.— Me ha enseñado lo que es la vida.

CABO.— Pues ahora enséñame tú a mí.

PABLO.— Pues... la vida es... sentirnos camaradas unos de otros, formar todos como una gran familia... En fin, no sé...

CABO.— Muchacho... Resulta que eres un infeliz. Un tonto es lo que eres... Mira, créeme, deja a tu amigo, olvídale, porque el pobre ya no necesita preocuparse de sentirse unido y camarada de nadie. Olvídate y prepara tus uñas, que pronto tendrás que usarlas. Hay que pelear. Así que mejor es que seamos amigos y bebamos, ¡no hay vino, demonio!, juntos y...

PABLO.— También decía él eso.

CABO.— Ah, vamos. ¿También lo decía?

PABLO.— Sí. Y también decía que había que estar alegres y beber todos juntos... Porque el viaje se terminaría...

CABO.— Ah... Ya veo que no era un santo vuestro compañero... Estoy seguro que yo también hubiera sido su amigo...

PABLO.— Sí, mi cabo.

CABO.— ¿Y tuyo? ¿Soy amigo tuyo?

PABLO.— Sí, mi cabo.

CABO.— Entonces, ¿por qué dijiste antes que querías que sólo fuera vuestro jefe? ¿Por qué?

PABLO.— No sabía lo que decía... Perdone usted.

CABO.— (*Gritando.*) Pues por tu culpa, ¿has visto?, me he puesto de un humor de perros. Hice acostar a tus compañeros y se ha llenado el ambiente de electricidad. Por tu culpa.

PABLO.— (*Bajando la vista.*) Lleva usted razón.

CABO.— (*Mirándole con desprecio.*) Puah... Cuando yo digo que... (*Se pasea por el vagón. El farol parpadea y PABLO permanece en posición de firmes. Cogiendo la guitarra que había dejado PABLO.*) Hombre, vamos a ver si nos distraemos por fin... Toma, quiero que toques algo alegre, algo bueno y pícaro... No lo que tocabas cuando vine al cochino vagón este..., sino..., qué sé yo..., algo de la Chelito, por ejemplo..., o de la Bella Otero... Algo así... Anda, toca.

PABLO.— (*Coge la guitarra.*) A sus órdenes.

CABO.— Tú toca y déjate de cumplidos.

PABLO.— ¿Me puedo sentar?

CABO.— Sí, hombre, claro. Ahora ya volvemos a ser amigos. Tú has dicho que todos podemos ser amigos: el muerto, tú, yo y esos que ya están roncando...

PABLO.— Se van a despertar...

CABO.— Que se despierten... Y si me da la gana los despierto yo a patadas...

PABLO.— ¿Qué quiere usted que toque?

CABO.— ¿Pues no te he dicho? Algo alegre...

PABLO.— Algo alegre... Él decía que eso era lo principal, que había que ser alegre por encima de todo... Llegó a ponernos alegres a todos... Hasta al tío fúnebre... A todos...

CABO.— Bueno, está bien. Ya lo sé, ya lo sé... que era un tío muy bueno. Pero está muerto. Le sangraron como..., en fin: está muerto. Ahora toca.

(PABLO rasguea la jota con la que terminó el primer acto.)

CABO.— No, eso no... Hombre, eso no es divertido...

PABLO.— Es una jota.

CABO.— A mí no me gustan las jotas.

PABLO.— Es una copla española. Y alegre...

CABO.— ¿Y qué? Yo quiero algo que me recuerde cosas..., algo de teatro...

PABLO.— ¿Quiere que toque unos fandangos?

CABO.— Que no, hombre, que no... Cuplés es lo que quiero que toques, para que te enteres de una vez. Eso de (*Canta con voz cascada.*) «Tápame, tápame, / tápame que tengo frío...».

PABLO.— No lo sé...

CABO.— Bueno, pues entonces eso de: «Y ven, y ven, y ven...».

PABLO.— Tampoco lo sé...

CABO.— ¿Y dices que estuvisteis alegres? ¿Y que él os enseñó a estar alegres? Sois un entierro de tercera todo el vagón. ¿Así que un chico como tú, que no ha hecho más que golpear por las calles de Madrid, ahora dice que no sabe tocar esas cosas? Vamos, anda, díselo a otro. Eres un embustero, y lo que pasa es que no quieres darme ese placer. Porque me odias, me odias, y lo veo en tus ojos. A pesar de que tu difunto amigo te enseñara a querer a tu prójimo y todas esas pamplinas, la verdad es que tú eres como yo: un animal egoísta... Y también lo era el muerto. ¿Me vas hacer creer tú a mí en los santos? (PABLO *está cabizbajo*.) En cuanto lleguemos, todo cambiará. Verás qué pronto te olvidas de tu buen amigo. Cuando llegue la hora de los hombres. Allí hay que estar dispuesto a pegar si no quieres que te peguen. Y la vida es eso: o pegas o te pegan. Es mejor pegar. Tienes que pegar... Y después de la vida, ¿qué? Cualquiera sabe lo que hay. Y si hay algo, será lo peor, porque a nosotros siempre nos ha tocado lo peor. Por eso: ¿vas a venirme con monsergas de curas? La verdad es que los chicos de ahora estáis más apalominados... Pues sí que vais hacer buenos soldados. Mira yo: tres cruces, ascendido por méritos de guerra, que me he hecho viejo jugándome el tipo con los moros. Aprende; aquí es donde tienes que aprender. Y como yo, todos mis compañeros. Menudos tíos. Con más pelo en el pecho que los orangutanes... Ésa es la vida... Bah... (*Se pasea*.) Total: que ni vino, ni música, ni nada. Y éstos, dormidos como cafres. Mírales: cómo abren la boca. Parecen niños de teta. Parece que están pidiendo de mamar. Maldita sea la hora en que me hicieron meterme en este vagón. Vaya un viaje. Podía estar yo ahora con mis compadres bebiendo y fumando mi puro, y por vuestra culpa, aquí, como un recluta. Y todavía me porto bien con vosotros y os trato como a iguales... Seré imbécil... Debí meteros en un puño desde el primer momento. Te digo yo... (*Se apaga el farol*.) Y lo que faltaba. Ahora nos quedamos a oscuras... Anda, enciende el farol... (PABLO, *entre las sombras, anda a tientas hacia el farol*.) Pero, calla. Si nos hemos parado. Es una parada.

PABLO.— El farol se apagó al detenerse el tren de repente.

CABO.— ¿Habremos llegado? Es demasiado pronto todavía.

PABLO.— Quizá hemos llegado y vamos a dejar ya este vagón.

CABO.— Si fuera verdad... Dejar este vagón...

PABLO.— Usted lleva unas horas y nosotros casi cuatro días...

CABO.— Qué ganas tienes de dejarlo.

PABLO.— Tengo ganas de salir...

CABO.— Ahora saldrás al ruedo...

PABLO.— No viene nadie. No abren las puertas...

CABO.— Enciende el farol... No hemos llegado...

PABLO.— Estará la vía interceptada.

*(El CABO se acerca a la puerta y mira entre las junturas.
Pega el oído en la madera.)*

CABO.— No se ve nada. Ni se oye nada. Todo está oscuro. Debemos estar en el campo. Entra un aire caliente que parece ya africano. Ven, ven. Verás qué aire...

(Coge a PABLO y le pone la cabeza entre las junturas.)

PABLO.— Ya lo noto.

CABO.— ¿Te he hecho daño? No te gusta este aire, ¿verdad?

PABLO.— El aire se tiene que sentir fuera... Aquí todo llega enrarecido.

CABO.— *(Desalentado.)* Pues no hemos llegado, amigo mío. Todavía tienes que soportarme... *(PABLO se deja caer sobre una maleta y da unas cabezadas.)*

CABO.— Eh..., no te duermas. Yo no tengo sueño y no voy a quedarme despierto yo solo. Me parece que voy a despertar a éstos...

PABLO.— No les despierte. Están durmiendo...

CABO.— ¿Cómo que no los despierte? Yo hago lo que quiero. ¿A qué te metes a darme consejos?

PABLO.— Yo no me dormiré.

CABO.— En cuanto el tren arranque y ya no pueda oírse el jaleo, despierto a éstos y la armamos. Y tú tocas la guitarra como Dios manda y...

*(Se corre de pronto la puerta y se ve un cielo azul amane-
ciente y una gran lámina de mar.)*

UNA VOZ.— Hemos llegado. ¡Abajo todo el mundo!

(PABLO se vuelve hacia la hermosura del cielo, donde brillan algunas estrellas, y el mar.)

PABLO.— Dios, qué hermosura. Salir del vagón para ver esto...

CABO.— ¿Es que no habías visto nunca el mar, muchacho?

PABLO.— *(Extasiado.)* Nunca, no...

CABO.— Yo también tardé mucho en verlo. Ya ves cómo la guerra tiene cosas buenas, amigo. *(Le coloca la mano en el hombro y los dos, de espaldas, contemplan el mar.)* También yo, gracias a la guerra, pude ver el mar y salir de aquellos terrones sucios de mi pueblo...

VOZ LEJANA.— ¡Vamos, abajo todo el mundo!

CABO.— *(Volviéndose.)* Hay que despertar a éstos.

(Se oye una corneta que toca diana.)

CABO.— *(Da unas palmadas.)* Vamos, muchachos, arriba. Hemos llegado.

(PABLO sigue extático contemplando el amanecer.)

CABO.— *(Agitando con el pie a los que duermen.)* Vamos arriba, gandules... Vaya un sueño que tenéis. Gandules... *(Se levantan los tres.)* Vamos, hombre, que ya han tocado diana. Que hemos llegado. Vamos.

(LUIS, al ver el mar, lanza una exclamación.)

LUIS.— El mar, es el mar...

CABO.— Sí, hombre, el mar. ¿Tampoco tú lo habías visto?

LUIS.— El mar...

(FERMÍN y ESTELLA se unen al grupo que contempla el mar. Se oye otro toque de corneta.)

CABO.— *(Más bien jovial y alegre.)* Pero, bueno, ¿es que vais a estar todo el tiempo ahí diciendo pamplinas?... Vamos, abajo ya... ¿No estáis oyendo la corneta? ¡A África!

(Los muchachos se disponen a bajar y cae el telón.)